

EL AGUA QUE BAÑA Y CURA MIS SOLEDADES Y MIS IMPOTENCIAS (Jn. 5, 1-9)

1. Corazón para disfrutar, corazón para sintonizar con el sufrimiento.
2. Dios solo sabe contar hasta uno.
3. Soledad sonora, soledad poblada de aullidos.
4. ¿Qué hacemos con lo que no podemos?
5. Ponerlo y ponernos a los pies de Jesús.
6. El que obra el milagro es Él: la experiencia de la Gracia
7. La fuerza se realiza en la debilidad.
8. Tatuarse en el corazón la imagen de la “camilla”

El día de ayer fue un **deseo** de que el Señor ensanchase nuestra sed y una invitación a acudir a las fuentes a beber, a los pies de Jesús, como María de Betania. Y a lo largo de estos días vamos a ir acercándonos a diversas fuentes. Hoy vamos a acudir a la fuente de la confianza. La confianza es una experiencia muy frágil. Es de las cosas más volátiles, más imposible de controlar, más sutiles, más regalo... y por otra más fuerte. Si no fuera por la confianza nos hundiríamos en las cosas de cada día.

Hay aguas amenazantes y hay “aguas que curan” como las de la piscina de Betesda. Pero lo que este pequeño relato viene a contarnos es que **la fuente de toda curación y de toda salud**, en realidad, **mana del corazón del Padre**. Y que **el cauce** que acerca esa agua viva y curativa a nuestras vidas es el mismo **Jesús**. Eso es lo que nos narra este texto y lo hace de una forma preciosa, en forma de milagro.

Comienza este evangelio presentándonos dos escenarios distintos: la fiesta a la que acude Jesús (“se acercó Jesús a Jerusalén para celebrar una de las fiestas judías”) y por otra parte, los soportales de Betesda, lleno de enfermos y de gente sufriente. Y el torrente de vida, que es Jesús, va a atravesar ambos territorios. Ojalá que los creyentes nunca nos veamos alejados de la fiesta. Seguimos a un maestro que fue conocido como “comedor y bebedor, amigo de publicanos y prostitutas”. No seguimos a un maestro ascético. Jesús no es Juan el Bautista. Juan el Bautista no iba a las fiestas. Él nunca hubiera acudido, como Jesús, por ejemplo a las bodas de Caná. No hubiera participado en las bodas o en los banquetes de Jesús. No se hubiera dejado invitar por sus amigos. ¡Cuánta vida se pierde cuando no hay fiesta en la vida!

Lo cual quizá nos está diciendo que hay que tener **corazón para disfrutar y corazón para sintonizar con el sufrimiento**. Las dos cosas. Celebrar la vida en estado de fiesta (¡y es de tontos no hacerlo!) y celebrar la vida en estado de fragilidad. Tener corazón para ambas cosas: no solo el sufrimiento, la renuncia, la ascesis... Celebrar la vida cuando es como un río alegre que corre libre, llenándonos de su frescor y de su música. Y tener corazón cuando esa misma vida llega a nosotros como un hilillo de agua, como un pequeño arroyuelo sin apenas corriente. **Celebrar la vida en todas sus formas y caudales... Y disfrutar, disfrutar mucho de la relación con Jesús en lo cotidiano: darnos una vuelta con Él y con Él ir de vacaciones (con Él y con los nuestros). Y con Él compartir esos ratos de la mañana o de la tarde. Tener ganas de encontrarnos con Él. Ese texto: “Pero ¡cómo van a ayunar los amigos del novio mientras el novio está con ellos... de ninguna manera!”**

Siempre me ha parecido una preciosidad rastrear en el evangelio las **fuentes de la alegría**. Y me parece que se puede encontrar una progresión:

- 1) Dios **acoge nuestras alegrías pequeñas y cotidianas**: las de cada día, las que nos ilusionan, nuestros proyectos, lo que nos mueve, las ganas de hacer bien las cosas. La imagen de los niños bailando en la plaza, toda la manera de disfrutar de la naturaleza, de la libertad y la belleza de las aves del cielo, el reino como banquete... No tendríamos que precipitarnos a tachar de inconsistentes nuestras alegrías cotidianas. Dios las acoge y las abraza. Primer movimiento.
- 2) Pero segundo movimiento, Dios **ensancha nuestras alegrías**: y el texto paradigmático es aquel en el que **confirma la alegría de los apóstoles en la misión**, una vez que por lo visto les fue bien... “hasta los demonios se nos someten en tu nombre”. Y Jesús les contesta: “Alegraos de eso, no seáis tontos. Pero alegraos sobre todo de que vuestros nombres están grabados en el corazón de Dios”. Porque habrá días que los demonios se van a salir con la suya, días en que la alegría de expulsar demonios no nos va a acompañar. Pero la alegría de saber que nuestros nombres, nuestras personas, están escritas en el corazón de Dios. Y eso no es coyuntural o pasajero.
- 3) Más aún, Dios quiere compartir con nosotros sus alegrías. Jesús **hace conectar nuestras pequeñas alegrías con las alegrías grandes de Dios**. Y esas alegrías son por ejemplo: “Alegraos conmigo he encontrado la oveja que perdí”. Fue corriendo a sus vecinas y les dijo: “Alegraos conmigo”. Dios también viene corriendo donde nosotros y nos dice: “Alegraos conmigo”. La borrachera de alegría que hay en el cielo cuando “uno de éstos que estaba perdido ha sido encontrado”. **En el corazón de Dios hay fiesta** cuando cada uno de los pequeños del Reino, enfermos, en la cárcel, hambrientos etc. son atendidos. Hay fiesta cada vez que regresamos sucios y polvorientos a la casa del Padre. Como el hijo pequeño. Fiesta, mucha fiesta
- 4) Jesús mismo, el Señor se convierte en **la verdadera fuente de todas alegrías**. “Tú eres mi alegría”. La que brotó la mañana de la resurrección. Nuestra vida, nuestra esperanza, nuestro amor y nuestra alegría nacen de ahí. **Porque entonces ningún sufrimiento, ninguna injusticia, ninguna muerte, ninguna tristeza... tiene la última palabra, aunque tenga todas las demás. Todo ha quedado definitivamente asumido, envuelto en el Cuidado de Dios. Uno de los dones del Resucitado es un tipo de alegría “que nos os la quitará nadie”. Donde ni el ladrón entra ni la polilla roe. Porque brota de un manantial incorruptible. “Tú eres mi alegría, Señor”. Una alegría que es “más fuerte que todas las tristezas, incluso más fuerte que la muerte”.**

Decimos que es preciso tener corazón para disfrutar, para la alegría... y tener corazón para sintonizar con el sufrimiento. Ese contraste aparece claramente en este texto. Jesús, que iba a las fiestas judías, se encuentra con aquella imagen: “muchos enfermos recostados en el suelo: ciegos, cojos y parálíticos”. Casi como en una especie de concentración de sufrimiento. En aquella escena

está dibujada y representada de alguna manera toda la humanidad sufriendo y también, un poco, todas nuestras zonas de sufrimiento, que también existen. La zona frágil, rota, impedida, truncada. Y ahí precisamente aparece Jesús. En un gesto que nos recuerda a la parábola del buen samaritano: ante semejante sufrimiento, Jesús cambia de planes. No sigue rumbo a Jerusalén. **No da un rodeo ante el sufrimiento.** A Jesús se le escapa el corazón hacia ellos. **Porque los pequeños, los que sufren, los que lloran, los pobres...** (todos esos personajes de las bienaventuranzas) ocupan un lugar privilegiado en el corazón de Dios. Son sus bien-queridos, sus bien-aventurados. Porque Dios mismo se convierte en su mayor ventura, en su mejor suerte, en su mayor regalo.

Y, de entre toda aquella cantidad de sufrimiento, Jesús se fijó en uno. Quizá porque le impresionó su soledad. Quizá porque descubrió que la parálisis de sus piernas era un signo de la parálisis de su corazón. Se fijó en uno como si fuera el único. Porque así es el corazón de Dios: se fija en cada uno de nosotros como si fuéramos el único, la única. **Dios sólo sabe contar hasta uno.** Nos mira a cada uno como si fuéramos los únicos del universo. **Pero es que al otro y al otro... los mira igual. Nosotros no lo entendemos bien porque tenemos un corazón para amar bien a cuatro o cinco. Pero Dios tiene corazón para amar enteramente, eternamente a cada uno de nosotros. Sin que ni uno solo se pierda. Afortunadamente nuestras matemáticas no son las de Dios. Esa es la mirada que tanto les costó entender al hijo mayor de la parábola o a los viñadores de la primera hora.**

Es verdad, con Jesús, el mundo se detiene en torno a cada persona. Y seguramente que algo de eso debió experimentar aquel parálítico de la piscina. Jesús se acerca siempre al contexto vital en que nos encontramos. Algunas veces lo que vivimos son situaciones básicamente de bienestar, de crecimiento, de paz... Estamos razonablemente bien y otras veces lo que vivimos es un poco lo que estos hombres: nos sentimos frágiles, enfermos, sin poder ver, sin poder andar, sin fuerzas para movernos, casi sin fuerzas para vivir. Acaso en la persona de este parálítico se concentran **dos experiencias** que, en mayor o menor medida, nos tocan un poco a todos (o nos han tocado con fuerza alguna vez): la experiencia de **la mala soledad** y la experiencia de **impotencia**. “No tengo a nadie”, experiencia de soledad. “Cuando quiero acudir al agua, no puedo llegar, es demasiado tarde”, experiencia de impotencia. Una impotencia que dura 38 años y que se expresa en forma de parálisis.

“No tengo a nadie” es una confesión que nos estremece. Es algo que hemos oído muchas veces en nuestros barrios, en hospitales, en residencias de ancianos o enfermos físicos y psíquicos. Incluso en nuestras propias casas o en algunos momentos en nuestra propia vida. “No tengo a nadie, aunque estoy rodeado de gente”. (“Me llevaron al hospital, a urgencias, y me pidieron el número de teléfono de alguna persona a la que dirigirse” me pidieron. Y no se le pude dar, “es que no tengo a nadie” le contesté. Y al oírme decir esto me entró una tristeza que nunca había experimentado).

Nosotros seguramente tenemos muchas personas y algunas de ellas realmente significativas. Pero nadie nos quita de nuestra experiencia de soledad. Esa región en la que el único habitante somos cada uno de nosotros. Esas zonas de soledad a veces bien llevada y otras veces no tanto. A veces pacificadas y a veces agresivas. A veces habitadas y a veces desiertas. O, a veces, incluso llenas de lo peor de nosotros mismos.

Hay soledades que son una preciosidad. Soledades buscadas, queridas, disfrutadas, habitadas, regeneradoras (ojalá que así sean la de estos días). Soledades en las que conectamos con las aguas subterráneas que nos recorren. Con la fuente de todo lo nuestro que es Dios. Y disfrutamos tanto como quien se para al lado de un río a contemplar, casi hipnotizado, la corriente. Pero también hay soledades malas. Soledades en la que nosotros mismos nos replegamos, bucles en los que metemos sin retorno fácil. En las que aparecen nuestras sombras, nuestras heridas abiertas, nuestra afectividad maltrecha e indómita, nuestros fantasmas, nuestras zonas oscuras, nuestras zonas irredentas, nuestra ira irrefrenable, nuestros monstruos interiores... Hay una **“soledad sonora”** como dice san Juan de la Cruz pero también hay, como dice Dt. 32, 10 “una **soledad poblada de aullidos”**. Y todos hemos experimentado ambas situaciones.

En este caso, el evangelio nos presenta la versión más dura de esta mala soledad. De esta soledad que no es ni elegida, ni querida, ni beneficiosa. Esa soledad dura a la que, como al de parálítico de esta piscina de Betesda, parece no llegar el agua curativa de los estanques salvíficos de la cercanía, del cariño, del abrazo, de la preocupación por uno.... Y uno no sabe qué es más duro si la parálisis o el hecho de no haber tenido a nadie durante 38 años.

Y a esta experiencia de mala soledad se le añade **el sentimiento de impotencia**. Todo aquello con lo que no podemos. Aquel hombre literalmente no podía acceder por sí mismo a cambiar su situación. No llegaba nunca a tiempo al agua removida de la piscina. Estamos ante aquello con lo que no podemos. **Y de esto sí que tenemos todos algo (de esta serie en la lotería de la vida todos tenemos alguna participación).** Hay muchas cosas dentro de nosotros con las que no podemos, más bien que nos pueden a nosotros, que nos dominan, nos poseen (por eso el evangelio habla de “poseídos”, de “poseos”, porque nosotros no podemos con ello). Hay cosas o situaciones que nos poseen y nos paralizan.

Las llamamos nuestras **“piedras de tropiezo”**. Pueden ser mil. Tantas como personas. Son aquellas experiencias o rasgos de mi personalidad o situaciones en la que yo experimento toda mi fragilidad de golpe. Aquello contra lo que he luchado y lucho por cambiar y no puedo. Aquello que me humilla, que tira por los suelos mi autoimagen, que saca mi peor versión, que me atrapa y me puede. Y lo que es peor, aquello con lo que hago daño a los que quiero (aunque sea sin querer), me hago daño a mí mismo, y siento que me aleja de Dios. Porque siento que lo que aparece ahí no es la persona que Dios quiere para mí. Aquel parálítico podría decir: “es que llevo 38 años queriendo ser curado y todo sigue igual, parecido o peor”.

Experiencias, por ejemplo, como la de la mujer hemorroisa del evangelio que dice que “padecía hemorragias desde hacía doce años y que había gastado en médicos todo lo que tenía sin haber podido ser curada por ninguno, más bien habiendo ido a peor”. ¡Cuánta impotencia! Y entonces nos preguntamos: ¿Qué hacemos con lo que no podemos? ¿Qué hacemos con lo que nos puede?

En esta situación precisamente se presenta Jesús. Dice el texto que “Jesús dirigió la mirada a aquel hombre tendido, sabiendo que llevaba allí mucho tiempo”. La mirada de Jesús siempre sabe ver la historia profunda que nos acompaña. **Sabe que muchas veces es más duro, más desgastante la fragilidad de una convalecencia larga, prolongada (en la que nos cansamos de tanta incertidumbre y de tanta fragilidad) que la intensidad de un dolor intenso tras una operación, el postoperatorio. Sabe que lo que nos desgasta es vivir tanta sensación prolongada de impotencia. Sabe que aquel hombre llevaba demasiado tiempo allí. Su soledad**

y su impotencia son un auténtico grito callado. Hay veces que no nos queda otra cosa que hacer que **gritar nuestra impotencia**. Gritársela a Él.

Un grito que muchas veces sí que sale a la luz en los evangelios y también en nuestra vida. “Jesús, **ten compasión de mí**”. Es lo que grita una y otra vez el ciego de Jericó. Los que estaban a su lado le reprendían diciéndole que se callara. Pero él gritaba todavía más fuerte: “Hijo de David, ten compasión de mí”. A veces no podemos hacer otra cosa que repetir este grito, una y mil veces.

Podemos gritar, gritarle a Él. Quizá porque no tenemos fuerzas para más. “Señor, ten compasión de mí, de mi tristeza recurrente, de mi fragilidad invencible, de mis obsesiones recurrentes, de mis reacciones desproporcionadas, de mis miedos paralizantes, de mi afectividad descontrolada, de mi dificultad para querer de verdad... Ten compasión de mi no poder. A veces nuestra fragilidad hace que sintamos miedo, mucho miedo y muchos miedos y gritamos como Pedro: “Señor que me hundo”. Otras veces una mezcla de fragilidad y de confianza loca en Ti, Señor, nos empuja, como un torrente irrefrenable, a tocar el borde de tu manto, como la mujer hemorroisa. Y ojalá que nos ocurra esto último: que nuestras piedras de tropiezo sean como cantos que arrastra hacia Ti el ímpetu de la corriente del río de nuestro grito, de nuestra súplica, de nuestro dolor.

En el caso del paralítico es Jesús mismo el que toma la iniciativa. Quizá porque aquel hombre ni para gritar tenía fuerzas. A este hombre así, Jesús se le acerca y le pregunta: “**¿Quieres curarte?**” y la respuesta de aquel hombre es: “Quiero pero no puedo, porque siempre hay alguien antes que yo”. Y **es ahí, en su no poder, donde Jesús comienza a salvar**. Aunque parezca mentira muchas de estas situaciones de impotencia que tanto nos duelen y de las que tanto queremos escapar... pueden llegar a convertirse en auténticos cauces de salvación.

Dorethee Solle (teóloga y poeta alemana), en una entrevista de televisión holandesa... “Yo expuse la idea de que sólo se puede creer cuando ya se ha muerto alguna vez. A lo que el entrevistador me preguntó: “¿Es que usted ha muerto alguna vez?” A lo que yo le respondí: “Sí, fue a raíz de mi separación”... He necesitado años para sobreponerme a las sugerencias al suicidio que me acompañaban constantemente. El deseo de morir era la única esperanza, el único pensamiento. En un talante semejante, durante un viaje a través de Bélgica, entre una vez en una de esas iglesias góticas. La expresión “orar” me parece ahora falsa: **toda yo era un grito**. Grité pidiendo ayuda, y esa ayuda sólo podía imaginármela de dos maneras: o que mi marido volviese a mí o que yo muriese, finalizando así para siempre ese morir constante. En esa iglesia, absorta yo en mi clamor, me vino a la mente una palabra de la biblia: “**Que te baste mi gracia**”.

Odiaba desde hacía tiempo esa frase, pues me parecía la expresión de una brutalidad no atemperada por nada... yo debía estar por entonces en pleno túnel. No sabía en verdad qué podía significar la palabra teológica “gracia”, cuando toda la realidad de mi vida tenía que ver con ella. Pero “Dios” me “había dicho” precisamente esa frase. Salí de la Iglesia y desde aquel momento ya no volví a pedir que mi marido volviese (todavía seguí por mucho tiempo pidiendo el poder morir)... Dios no me había consolado como un psicólogo que me explicase que eso era previsible, ni me propuso los atemperantes que suelen ser corrientes en la sociedad: **me tiró rostro por tierra**. No se trataba ni siquiera de la muerte que yo deseaba; tampoco era, por supuesto, la vida. Era otra clase de muerte.

Posteriormente he constatado que **todos los que creen, cojean un poco**, como Jacob después de haber luchado por el ángel. Esto no se lo puede uno desear a nadie, pero tampoco se lo puede evitar por prevención. La experiencia de la fe es igual de insustituible que la del amor físico. El que la gracia realmente “baste” para vivir y que “nada” nos pueda separar del amor de Dios, ni siquiera la propia muerte, son experiencias que podemos relatar a posteriori, pero que no podemos anticipar planificándolas o construyéndolas”. (Viaje de ida. Experiencia religiosa e identidad humana. Ed. Santander 1977).

Dorothy Solle y este hombre paralítico se encontraron inesperadamente con las fuentes de su propia salvación. Cuando podían pensar que estaban dejados de la mano de Dios, se encontraron con un Dios velando por su suerte y buscando una rendija por donde colarse. Por el lugar verdaderamente más inesperado y más proscrito.

Un poco más adelante cuando a Jesús le preguntan por qué cura en sábado, él responderá con toda la naturalidad del mundo: “Porque mi Padre trabaja siempre, por eso yo trabajo en todo tiempo”. Dios nos trabaja cuando estamos bien y a través de nuestras capacidades, de nuestra participación activa, de nuestra obediencia... y Dios nos trabaja muchas veces a través de nuestras impotencias, de nuestra fragilidad, de nuestro no poder. La impotencia es una experiencia muy ambigua. Capaz de cerrarnos definitivamente sobre nosotros mismos o también capaz de romper nuestro caparazón, nuestras defensas, nuestra autosuficiencia. Y, decididamente, dar paso a Dios. La impotencia es capaz de romper el tabique de nuestro yo cerrado: “Yo ya no puedo más, si algo puedes... hazlo Tú”.

Una impotencia así vivida, delante y a los pies del Señor, tiene un poder transformador del que no somos ni conscientes. Muchos de nosotros sabemos que **Dios nos ha trabajado** en nuestros estratos más profundos, sobre todo **a través** de nuestras pasividades, **de nuestro no poder**. Y a veces la vida nos pone en trances de “no poder” de los que queremos escaparnos cuanto antes y, resulta que aquel lugar de maldición acabó resultando el lugar de la Gracia, y desde entonces tenemos muy claro que ha sido Él. Que es obra de la Gracia. No es consecuencia de nuestro esfuerzo. No es el resultado automático, podríamos decir, de una fragilidad bien llevada. No, es la sorpresa, inesperada, improgramable, gratuita... pero increíble de haberle encontrado a Él, al Señor, precisamente ahí. Y precisamente así, cogiéndonos de la mano y salvándonos.

Hay historias de salvación que sabemos que realmente lo han sido al cabo de muchos años. Mientras tanto todo parecía lo contrario. Pero cuando uno lo descubre siente una mezcla de mucha pena por el tiempo perdido y una alegría mayor que la pena, por habernos enterado. Aunque sea a la hora undécima, al final del día. Aunque sea a través de tanto destrozo humano como provocamos en su momento.

Y no es que Dios necesite vernos fastidiados, humillados o vencidos para entonces ir Él de salvador. Es que, en nuestra fragilidad, extrañamente, se nos despierta una extraña y desnuda forma de confianza, de que ya “sólo Él tiene poder suficiente para salvarnos”. En la fragilidad se nos rompen todas las ideologías, se nos agotan las fuerzas físicas o psíquicas, se nos desmorona nuestra autosuficiencia. Y extrañamente es donde empieza a manar, a brotar la corriente irrefrenable de la Gracia, de la Vida de Dios. Ahí encuentra un boquete por donde colarse. Una vía por donde bañar y curar tanto nuestras malas soledades como nuestras paralizantes impotencias. Aunque al principio sea tan solo un pequeño hilillo de agua y mezclada con nuestro lodo.

La fragilidad nos devuelve a nuestro más auténtico ser. Porque somos frágiles, más de lo que parece, más de lo que nos gustaría. Como dice Jean Vannier: “Todos nacemos débiles y morimos débiles, y durante el resto de la vida nos empeñamos en disimular lo débiles que somos”. Nuestra fragilidad no es resignación, no es victimismo, no es cobardía, no es falta de estima, no es apocamiento, no es excusa para la inhibición... se parece más bien a la experiencia de haber dado con lo que realmente somos, con nuestra auténtica morada, pero también incluye en nuestro caso la sorpresa de saber que no estamos solos. El sótano de nuestra radical fragilidad está habitado por el Señor, está sostenido por el Señor. Y sentir eso no es expresable con palabras. Quien lo probó, lo sabe.

Otra vez en el relato de la hemorroisa, cuando aquella mujer en su más grande fragilidad tocó a Jesús, en realidad fue ella la que se sintió profundamente tocada por él. Porque ese contacto estaba abriendo en ella ese gran boquete por donde se coló la corriente de la Gracia, de la vida que viene de Dios. En nuestra fragilidad nos salva el acudir a tocar a Jesús. Nos salva la súplica sostenida. Nos salva el mirarle mucho a él, para que él mismo vaya levantando nuestra mirada y nuestro corazón. Nos salva mirarle más a él que a nuestra fragilidad o a nuestro pecado. Aquella mujer que sufría flujos de sangre, que se le iba la vida por ahí, comenzó a sufrir flujos de vida, de que le llegaba la vida todavía a raudales mayores. De tal forma que dice el texto que “enseguida se le secó la fuente de las hemorragias y sintió que estaba curada de ese mal. Y Jesús se dio cuenta de la fuerza que había salido de él”. La fuente de la hemorragia se encontró con la fuente más grande de la salud. ¿Quién contagió a quién? El río de la vida contagio al río de la muerte. Nuestra miseria se topó con su compasión, con su misericordia.

El milagro no siempre consiste en que desaparece el mal que nos aqueja. El milagro consiste en que podemos **verlo y vivirlo todo de otra manera**. Consiste en que se ha introducido dentro de nosotros el antídoto contra la desesperanza y comenzamos a beber de las fuentes de la confianza, de la experiencia de sabernos sostenidos y cuidados. Y extrañamente no pocas veces se produce como una especie de trasvase del gran río del amor de Dios, al pequeño y frágil riachuelo de nuestra vida. Y entonces nos encontramos dentro de nosotros con fuerzas que no teníamos y nos sorprendemos: “¡Cómo es posible que estando yo tan mal, tan sin fuerzas propias, haya podido apoyar o sostener a esta otra persona! ¿De dónde me ha nacido esta fortaleza, de qué fuente? Ha sido Él, es Él”.

El milagro está en que Jesús se fija personalmente en cada uno de nosotros, conoce y conecta con nuestra mala soledad, con nuestra fragilidad, con nuestras impotencias... pero no se queda en ellas. Pronuncia sobre nuestra realidad palabras de autoridad. Dice el texto “Jesús le ordenó: levántate, coge tu camilla y vete”. Ojalá esta mañana podamos sentir que estas palabras se pronuncian sobre nosotros, podamos sentir que si nuestras piedras de tropiezo, nuestras soledades o nuestras impotencias tienen poder, la autoridad de Jesús tiene un poder todavía mayor: “Levántate, ponte en pie”. Ya no hace falta que nadie te acerque a las aguas de la piscina de Betesda porque Yo soy la fuente de la vida, la fuente de tu vida. Ya no hace falta que busques soluciones mágicas, pero tampoco que te resignes a la postración”. En la palabra de Jesús “levántate” se encuentra presente la fuerza para poder hacerlo. En realidad es su misma **palabra la que nos pone en pie**. Es la que comienza a movernos por dentro y por fuera.

Aquel hombre que seguramente se despertó sospechando que su jornada sería como la de cualquier otro día se fue a su casa a pie y curado. Él supo estar en el lugar adecuado. No se quedó resignado en casa, después de 38 años seguía acudiendo a la piscina. A la pregunta de Jesús de si quería curarse, la presencia aquel día en esa piscina, después de tantos días de intento inútil, era que sí, que sí quería curarse. Que él hizo lo que podía, aunque no fuera mucho, ni suficiente... pero a partir de ahí, todo, lo más importante lo hizo Jesús. Es obra de la gracia.

Este relato dice una cosa más, yo creo que muy bonita y muy real: “coge tu camilla y vete”. No dice: “deja ya tu camilla que no te sirve para nada, tirla por ahí porque forma parte del pasado”. No, porque en esa camilla está el recuerdo de nuestra radical fragilidad: “Yo estuve allí, postrado. No lo quiero olvidar”. Porque a veces cuando nos sentimos salvados en un momento concreto de nuestra vida tenemos la tentación de olvidarnos y subirnos otra vez a nuestras peanas. Esa camilla es el símbolo de mi fragilidad. Pero a la vez es el signo imborrable de la misericordia que Dios ha tenido para conmigo. “Yo estuve ahí y él me sacó de ahí, me puso en pie. No lo quiero olvidar”. Ojala tengamos tatuado en el corazón la imagen de la camilla, signo de nuestra miseria y símbolo a la vez de su misericordia con nosotros.

Y efectivamente aquel hombre quedó curado, tomó su camilla y comenzó a andar. Era sábado. Desde entonces el Sabbat se respeta poniendo vida en situaciones de muerte. Levantando lo que en nosotros está caído y parálítico. Anunciando a todo el mundo que no es cierto que esté solo del todo. Que Dios no se ausenta ni se retira los sábados. Que cuando de salvar se trata Dios no cuelga el cartel de cerrado por descanso sabático. Que Dios descansa de veras cuando uno de sus hijos que estaban perdidos ha sido encontrado. Como este hombre parálítico en la piscina de Betesda. Y entonces su corazón se llena de alegría y de fiesta, como cuando el hijo pródigo...

Textos para la oración:

Mc. 5, 24-34: la mujer hemorroisa.

Lc. 5, 17-27: los camilleros de la gracia: ¿Qué es más fácil poner fuerza en las piernas o paz en el corazón?

Mc. 10, 46-52: ¿Qué quieres que haga por ti? Señor, que vea.

2Cor. 12,8-10: “He rogado –dirá san Pablo- tres veces al Señor para que apartara esto de mí, y otras tantas me ha dicho: “Te basta mi gracia, ya que la fuerza se pone de manifiesto en la debilidad. Muy a gusto presumo de mis debilidades, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Y me complazco en soportar por/con Cristo flaquezas, necesidades, persecuciones y angustias, oprobios porque siendo débil se me ha dado ser fuerte”.

Lc. 13, 10-17 Mujer encorvada: no podía ponerse derecha.